

Carta de un americano

Reproducimos deseguido o relato de Leopoldo Basa *Carta de un americano*. Seguimos o texto publicado na *Revista Gallega* da Coruña.

Contidos:

- BASA VILLADEFRANCOS, Leopoldo: *Carta de un americano*, en *Revista Gallega*, A Coruña, nº 536, 24 de xuño de 1905, p. 3-4.



CONSELLO DA CULTURA GALEGA
Arquivo da Emigración Galega

Carta de un americano

Era muy fea, pero muy buena y de mucho entendimiento. La habían deshonrado por amor, y aunque en el pueblo nadie creía en su virtud, era muy virtuosa, era una santa.

Villacharcas, como todos los pueblos chicos, parecía un pudridero de chismes, de envidias y de miserias, y á pesar de que ninguno de sus vecinos estaba autorizado para tirar piedras, todos habían apedreado con ensañamiento canallesco á María, á la infeliz que, al lado de su tierna hijita, vivía en un casucho haciendo prodigios de buena administración con una pequeña renta que un tío suyo le había dejado.

Llegaban por entonces á los puertos españoles, con procedencia de la isla de Cuba, muchos barcos cargados de esqueletos que, envueltos en calenturientas pieles, solo tenían cuerda vital para unas cuantas horas.

María, que siempre vivía recogida, dejábase ver de todos cada vez que á Villacharcas llegaban soldaditos amarillos y afilados; y amorosa, llena de vida, casi alegre, proporcionábales consuelo con mil cariñosas frases, besándoles las manos, haciéndoles asomar á los labios en forma de sonrisa los últimos soplos de la poca vida que aún les restaba.

De estas escenas fue testigo varias veces un rico y taciturno *indiano*¹, natural de Villacharcas, que hacía dos meses allí se hallaba comprando tierras, casas, molinos y cuanto la necesidad ó la avaricia hacía poner en venta.

Un día llegó el cartero á la casa de María y le entregó una carta. En ella leyó:

«Siempre la hora más triste para mí, ha sido la del crepúsculo de la tarde.

El sol, mi amigo de la infancia, como lo es de todos, al acostarse me dejaba tan solo, que las lágrimas se agolpaban á mis ojos; y vea usted lo que ahora me sucede en estos lugares aldeaniegos: al agacharse tras de los montes el astro rey, mi viejo amigo, parece decirme: no te vayas, volveré, espérame. Y es que esta mi tierra gallega, es deliciosa; contemplando su suelo siempre vestido de verdura, imagínome á Dios escribiendo poemas en la corteza terrestre; y el mar, las peñas, los árboles y las flores, son para mí, los preciosos caracteres que el Poeta celestial emplea en su escritura.

Esta tranquilidad del campo me enamora; he llegado á convencerme de que en las ciudades se vive mal; son cementerios de corazones, donde cada hombre, convertido en urna funeraria, lleva dentro del pecho un muertecito. Aquí, sin más bullicio que el rumor quejumbroso de los pinos, entre huertas, pomares y prados verdes, donde la manzanilla crece luciendo su dorada cabecita, aquí no se muere por etapas.

La he conocido á usted en el gran lavadero de las almas, en la práctica de la caridad, y juro que nunca he visto más cristiana labor, ni operaria más valiente. Dime cuenta del temple de su alma, admiré sus raras virtudes y comencé a estudiarla; del estudio nació el respeto, y del respeto bien pronto nació el amor. En mi vida de trasiego por las grandes

¹ Llama el vulgo, *americano*, en España, á todo el que regresa con dinero, aunque sea español.

ciudades de la tierra, ni encoquetadas damas, ni honestas ó descocadas artistas, ni mil mujeres tentadoras, adiestradas en el arte de embaucar, despertaron en mí la menor pasión. Imagínome que he rodado el mundo á caballo de una mula recelosa, con un espolique al lado, que al verme entretenido, la arreaba gritándole: «Adelante, todo eso es farsa». Pues bien; desde que pisé este valle delicioso, donde todo es flor y fruto, y por suerte mía conocí á usted, me encuentro solo y á pie, no parece sino que la mula recelosa ha muerto y el espolique con ella, y esto no tiene más explicación que el amor, que las virtudes de usted me han inspirado. Es usted para mí de las que Dios prefiere por ser como Él las crea, sin afeites ni aliños. Siente usted como los ángeles; piensa usted como las santas, y el dolor de su alma atribulada llegaría á matarla, si alguien, digno de usted, tendiéndole su mano, no le ofreciese amparo. ¿Seré yó ese hombre feliz? Usted lo dirá.

Por mi cabeza, hija mía, ya ha nevado hace algún tiempo; pero en el corazón, encontrará usted vino nuevo, encontrará usted albillo.

La triste historia, que complacidas me repitieron mil viperinas lenguas, ni me espanta ni me preocupa».

.....
.....

A los pocos días, todos en Villacharca sabían con asombro y con envidia, que María Castaños se casaba con D. Felipe de la Roca, *americano*, millonario y hombre de poca vergüenza, según decían *sotto voce*.

LEOPOLDO BASA